

tzaile berri izan ziren izendatuak. Euskal Herriko eskualde guztietarik, gainera: Bidasoaz handikoak, nafarrak, arabarrak, bizkaitarrak, gipuzkoarrak.

Euskaltzaindiaren izenean gure lankide eta lagun berrioi, agur t'erdi, bada! Neure zorionik zintzoena eta ongi etorririk gartsuena eman nahi dizuet gaur. Laguntzaile izenak aski argi aditzera ematen du, Euskaltzaindiak bere lanetan, batzarreetan, batzordeetan eta sail eta mota askotako zereginetan parte hartzen ikusi nahi zaituztela. Horretarako deitzen zaituztela, alegia. Bai. Gure elkargoaren benetzako laguntzaileak ian zaitezten, hori nahi du Euskaltzaindiak. Gero eta zeregin handiagoak, erantzukizun larriagoak datozkio bizkarrera Euskaltzaindiari eta hoiei taxuz erantzuteko langile beharrean da.

Askotan entzun diot Lafitte jaunari nola Azkue zenak lan bat agindu zion laguntzaile izendatua izan zenean. Nik ere tradizio edo ohitura honi jarraikiz, erregutuko nizueke, hasteko, gure batzarreetarako txosten bana gerta dezazuten, egoki iruditzen zaizuen gai bati buruz. Hori izango litzateke, ene ustez, gure batzarreetan sarrera egiteko eta parte hartzen hasteko modurik onenetako bat. Eta gero gerokoak, jakina.

Gaurkoz, ordea, zorionak ta ongi etorririk beroena Euskaltzaindira!

**JOSE PABLO DE ULIBARRI GALINDEZ (1775-1847)**  
**Actualidad de su obra**

*Lino Akesolo*

Hace sesenta años era prácticamente desconocido el hijo de Okendo que hoy es honrado aquí en su pueblo natal con el acto académico que se le dedica. La fantasía desbordada de un joven escritor vizcaino fue la que le arrancó del olvido en que yacía. Me refiero a Fernando de la Quadra Salcedo, hijo

de la cercana Güeñes, hombre de singulares contrastes que, si por una parte soñaba con la posesión de títulos de grandeza y aun reivindicaba para sí alcurnias reales, por otra no se desdénaba en descender de tales alturas y colaborar en publicaciones de claro signo obrerista. Así, fue en un órgano de la Solidaridad de Trabajadores Vascos donde publicó el artículo que puso en órbita a José Pablo de Ulibarri, el homenajeado de hoy. Y si Julio de Urquijo se encargó de recortar lo que de frondoso y fantástico contenía el artículo, la figura de Pablo de Ulibarri Galíndez entraba ya en escena y, a no tardar, y con los estudios posteriores, nadie niega ya al entonces llamado el Herrador Vascófilo de Abando el derecho a figurar con luz propia en la historia del movimiento euskerista y se le reconocen méritos sobrados para que se conmemore el segundo centenario de su nacimiento por un organismo con el que él soñara: la Academia de la Lengua Vasca.

Justo Gárate, al tratar de caracterizar la época en que tocó vivir a nuestro homenajeado, la llama la época de Mogel y de Astarloa. Si hoy añadiéramos a ese ilustre binomio un tercer nombre, el de Ulibarri, contribuiríamos, sin duda, a completar el cuadro. Y no tenemos nada que inventar ni fantasear para que su personalidad resalte con singular brillo y su obra nos resulte por demás interesante y aleccionadora en los diversos niveles a los que llego. La verdad de lo que fue e hizo supera lo que ha podido inventar la fantasía ingenua de alguien.

Ulibarri tiene, sobre Mogel y Astarloa, algo que le acerca más a nosotros y a nuestros problemas de hoy. Con Ulibarri es el pueblo quien entra decididamente en el movimiento cultural vasco y, en particular, en la empresa de defender y promover la propia identidad y la propia lengua.

Mucho se ha hablado de la tenacidad del pueblo vasco en su adhesión al secular idioma. La supervivencia del euskera frente a todas las invasiones y ataques parece una prueba válida. El hecho de esa supervivencia es cierto. ¿Pero obedece a un convencimiento? Es consecuencia de una adhesión consciente? Es lo que no está claro. Con Ulibarri, sí, tenemos la aparición de una conciencia viva y de una nueva actitud.

En la época en que a él tocó vivir tenemos, en Astarloa y Mogel, dos tipos característicos de dedicación al euskera, pro-

pios de los hombres de Iglesia y de ciertos estamentos culturalizados. Admiran los misterios del euskera y lo cultivan por deber profesional. Su influencia contribuye a la conservación del idioma, pero no cala mayormente en el pueblo. La obra de Ulibarri, en cambio, sí cala; él ha hablado al pueblo y busca el modo de penetrar en la conciencia del pueblo. No se considera capacitado para penetrar e iluminar los secretos del idioma; en este campo, más bien, sería un aprendiz toda su vida. Pero ¡con qué empeño se esfuerza por despertar las conciencias de los vascos, de los de arriba y de los de abajo! Para él, si el pueblo vasco ha de ser tal más que de nombre, es necesario que no renuncie al euskera y debe desaparecer más de un absurdo: desde el absurdo del desdén de muchos por su lengua, hasta el absurdo de la inexistencia de escuelas auténticamente vascas.

Empeñado en la lucha por la propagación de sus ideales, Ulibarri empieza por tratar de que el euskera adquiriera entre los vascos el prestigio social que le corresponde, prestigio hartamente lastimado sobre todo en el elemento social y culturalmente más elevado, que por paradoja era el más analfabeto en este punto, y el más necesitado de concienciación.

La primera campaña que Ulibarri emprendería sería, por ello, lo que hoy llamaríamos una campaña de alfabetización, campaña que, comenzando por los de arriba, habría de llegar a todas las capas del pueblo.

Su profesión le ponía en una situación única para las posibilidades de la labor que quería emprender. La veterinaria, con una dedicación a una especie noble, la que traía a su taller a los *zaldunes*, a los caballeros, le deparaba fáciles oportunidades de relacionarse con lo más lucido de la sociedad vizcaina. Eran tiempos en que el medio de locomoción más noble era el caballo. Los señores de la época, pendientes del caballo para sus desplazamientos, lo estaban en la misma medida de los servicios del veterinario y del herrador. Ulibarri era todo eso y más: criaba y prestaba caballos. Y ya se sabía: señor que acudía al veterinario de Abando o a sus caballerizas, recibía un servicio a conciencia, pero caía también bajo la fuerza de atracción hacia la causa que defendía Ulibarri, y era obligado a utilizar el euskera como medio de comunicación hablada o escrita.

Y un día sería un ministro de la Corona, como Juan Bautista de Erro, y otro día sería un marqués como el de Valdespina, o un Padre de la Provincia como Pedro Novia de Salcedo, o uno de los varios Diputados del Señorío, como Juan Bautista Anitua, o militares de alta graduación, como los hermanos Cengotita-Bengoa, de Bérriz, uno de ellos residente en Madrid, como coronel de la Guardia del Rey. A uno de éstos, Francisco Cengotita-Bengoa, escribía en enero de 1830: "Euzkeldunari eguño ez eskiribatu gutunik herdera, ezpabere guztiek euzkera. Orra zeure adeskideen esan maitia, Praizku". Esa era su norma de conducta con los grandes y con los humildes, lo mismo con el modesto aprendiz que mantenía en su casa, que con los hombres más sobresalientes en el gobierno del Señorío, o con los apoderados de las Juntas de Guernica, una de las plataformas que utilizó para ensanchar el círculo de sus amistades e influencias y hacer más eficaz su propaganda.

Y, en este querer influir sobre hombres eminentes en poder, aspiró aun a más altas cumbres. Buscó para el euskara una audiencia real, incluso. Fue con ocasión de la visita del Rey Fernando VII a Guipúzcoa y Vizcaya. Ulibarri cuenta con dos buenos amigos en Guipúzcoa: Juan Ignacio de Iztueta, el maestro de danzas y escritor vasco, y el otro, Ignacio de Mendizabal, librero e impresor en Tolosa. Va a tomarlos como intermediarios para transmitir al Rey un memorial y ofrecerle sus servicios profesionales. Este es uno de los puntos en que más fantaseó la imaginación de Quadra Salcedo, pero tampoco fue del todo justo Julio de Urquijo al rectificar al fantaseador. Hay algo cierto: Ulibarri quiso y pidió que, al presentar sus intermediarios al Rey el memorial, las primeras palabras de saludo en su nombre fueran en euskera. Son terminantes las palabras que escribe a Iztueta: "Lendabizi euskaraz egin agurra eta gero eman oroitza". (4 junio, 1828). ¿Qué cosa más normal para un euskaldun que emplear su lengua nativa, cuando tratara de saludar al Señor de Vizcaya, que era el Rey? A tanto llegaba el prestigio social que Ulibarri pretendía para nuestra lengua.

Prestigio social que estaba socavado, no tan sólo por el hecho de la incuria o inconsciencia de tanto vasco, sino por la ausencia de algo tan elemental como debiera ser la escuela vasca. Este problema de la escuela lo planteó nuestro fervien-

te vascófilo insistentemente ante los hombres más representativos de Vizcaya y lo llevó a las Juntas de Guernica. Y tiene sobre esto una sorprendente afirmación relativa a su pueblo natal. Y es que dice haber conocido en Okendo en su infancia dos escuelas vascas, vinculadas a cada una de las parroquias y bajo la dirección del clero. Había, dice, una tercera escuela, castellana, para los que la quisieran; pero vascas, había dos. Y de ellas asegura haber salido muchos compañeros suyos que triunfaron por mar y tierra, por América y por el mundo entero, mientras que los de la tercera escuela, la castellana (lo dice con una expresión misteriosa) se quedaron como "las gentes de Tobalina".

Claro es que la escuela que, llegado a su madurez, propugnaba para su pueblo era más completa y perfecta que las dos que en su niñez conoció en Okendo. Y para que ella se implantara en todo el País Vasco o al menos en Vizcaya, fueron insistentes los aldabonazos que durante años estuvo dando en la conciencia de los hombres de gobierno y de letras. Para ayudar a resolver el problema pedía, de inmediato, la confección de gramáticas y de diccionarios. Y tampoco se contentaba en esto con lo primero que le presentaran. Mendizabal, desde Tolosa, le proponía como libro adecuado, y utilizado ya en Guipúzcoa, el Manual Bascongado y Castellano de Luis de Astigarraga. No lo considera apropiado. Casi todo él estaba escrito en castellano, y al niño vasco había que proporcionársele la primera instrucción en vasco puro, "euzkera garbi garbian".

Esto no era ninguna utopía ni ningún imposible. En pro de su posibilidad presenta el hecho de José Murga, uno de los prohombres de Vizcaya en su tiempo, quien antes de sus ocho años había aprendido el latín partiendo del euskera, y más tarde se impuso en el griego y en otras lenguas. Esto le dio pie para formular una especie de refrán de este tenor: "Euzkera eta latin jakin, eta mundu guztiari eragin" (Gaurko eguneko D. Jose Murgak ikasi eban latin euzkerati zortzi urte euki orduko, eta gaur daki griego eta beste asko" (Carta a Ignacio Eguibar, 13-VII-1830).

El problema de la escuela vasca era uno de los que más atormentó a Ulibarri. No concebía el absurdo de su inexistencia en el País:

Esaizu: zer da au,  
edo zetara adi gara:  
euzkera berba eginda,  
eskolia erdera?  
Ori da asmo gaiztoa  
egitia gu galtzera.

(A Fernando Barrenechea, 30-V-1832)

Y esta espina seguía clavada en su corazón poco antes de que estallara la primera guerra carlista, porque los hombres de Vizcaya y las Juntas de Guernica se mostraban tan lentos en buscar solución al problema.

Como coronamiento a su campaña por la dignificación social del euskera está la que desarrolló en pro de la constitución de una especie de Academia de la Lengua Vasca, que habría de estar compuesta por 24 miembros elegidos en las Juntas de Guernica:

Ogeta lau gizon  
biar dira izentau  
Gernikako batzarrean,  
euzkeraren ganean  
egiteko alegin au.

(Versos (*bederatzidun*) a Pedro Novia de Salcedo, 1832).

De esta manera el remedio de los males de nuestra lengua había de venir de la colaboración de todos y de un serio compromiso entre todos. En todo y para todo esperaba mucho del concurso del clero y de las ordenes religiosas, en especial, de la Compañía de Jesús, tan vinculada a la tierra de su Fundador. Se mostraba agradecido a lo que estas instituciones habían hecho hasta entonces. Pero quería y pedía más. Pedía la erradicación de algunos fallos, con determinaciones radicales. En un escrito que iba dirigido a los Diputados del Señorío, pedía nada menos que el extrañamiento de los sacerdotes y religiosos que no fueran capaces de predicar en euskera o no se prestaran a ello.

Si a todo ello se añade el interés suyo por hacerse con cuanta literatura vasca se había producido hasta entonces, hasta el punto de ayudar también a otros a nutrir y acrecentar sus bibliotecas vascas, y que entre sus preocupaciones asomó también el de la fundación de publicaciones periódicas

vascas, tendremos una idea más cabal del alcance de sus campañas en pro de la lengua y de la cultura vascas.

Para terminar, tal vez no estará fuera de lugar añadir que toda su obra la quería emprender bajo la égida de los Borbones, señores de Vizcaya, dinastía a la que consideraba claramente vasca por su mismo apellido. Borbón era para él igual que *buru on*. Y el trono de los Borbones no podía sino quedar afianzado con el éxito de la obra vasquista por él proyectada y propugnada.

Maravilla ciertamente la claridad de propósitos y el realismo de los planes de este hombre. Que no son en él producto de ninguna ideología ni de romanticismo alguno, aunque vivió en una época fuertemente influenciada por el romanticismo. Brotan sencillamente de la claridad e intensidad con que vivió su conciencia de euskaldún.

Creo que, al celebrar su centenario, no estamos reviviendo nada muerto ni arqueológico. Ulibarri es actual. Ulibarri continúa vivo y palpitante en los problemas que vio y en las soluciones que propuso. La actual campaña de alfabetización, las Ikastolas, la misma Academia de la Lengua Vasca, tiene en Ulibarri su precursor, a la vez que un inspirador y animador, que no ha perdido su validez todavía.

## ULIBARRIREN IDAZTI-LANEN GANEAN HITZ BATZUK

M. B. Altzola Gerediaga

### EGUNON DANORI.

Denbora gutxi baino gutxiago daukodan ezkeroz, eta erderaz eginbeharra ere bai, labur eta arin bada bere, hitz bi euskeraz:

Ulibarriren idaztien ganean auxe esango dut: Beren merituz merezi dabeela aipatzea Euskal Literaturan:

— Almanakeak.

— Gabon-Kanta eta beste Bertsoek.